

Otro país

COLECCIÓN
ESCRITURAS

JAMES BALDWIN

OTRO PAÍS

Traducción de José Miguel Martínez

[Tres
puntos]
• • •

Another Country

© James Baldwin, 1962

© Copyright renewed, 2014

This edition published by arrangement
with the James Baldwin Estate

© De la traducción, José Miguel Martínez, 2022

© Tres Puntos Ediciones, 2022

(Escrituras Verticales SL)

Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. 28014 Madrid

Derechos exclusivos para todos los territorios
de lengua castellana.

www.trespuntosediciones.es

hola@trespuntoediciones.es

Depósito Legal: M-9807-2022

ISBN: 978-84-17348-07-6

Diseño y diagramación: Pablo Barraza B.

Imagen de portada: Horst P. Horst, 1941

Impreso en China / *Printed in China*

Primera edición: mayo de 2022

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin
autorización previa del editor.

Prólogo

A principios de 1950, a medida que ganaba fama como novelista, James Baldwin publicó algunos ensayos sobre el estado de su nación, escritos de manera apasionada y elegante. Su estilo no era el de la Biblia ni el del púlpito (de niño, Baldwin había sido un predicador infantil), sino que se basaba en las primeras fuentes de la elocuencia inglesa: Francis Bacon, Thomas Browne, William Hazlitt. En su tono, no obstante, sí había sido influenciado por sus días de predicador: era temerario y urgente, y combinaba una preocupación por las políticas y actitudes públicas mediante un sondeo y una inquietud extrañamente íntima por los espacios más oscuros e inexplorados del interior del ser. La nación de Baldwin en estos ensayos era enfáticamente Norteamérica, su yo era un yo norteamericano. Su voz, estilosa, insistía en que el lenguaje —el inglés—, con todos sus matices y sutilezas, le pertenecía, al igual que Norteamérica, con toda su crueldad y odio.

Baldwin publicó su primera novela, *Ve y dilo en la montaña*, en 1953, cuando tenía veintinueve años. Dos años después salió su primer libro de ensayos, *Notas de un hijo nativo*, y en 1956 publicó su segunda novela, *La habitación de Giovanni*. En 1961 publicó un segundo libro de ensayos, *Nadie sabe mi nombre*, y al año siguiente apareció su tercera novela, *Otro país*, un superventas instantáneo en Estados Unidos. El éxito de sus

primeros libros le concedió a su inquietud y a su naturaleza mercurial una libertad inmensa. Entre 1956, cuando empezó a trabajar seriamente en *Otro país* (existen algunas versiones y borradores de mucho antes también), y hacia finales de 1961, cuando terminó el libro, James Baldwin cruzó el Atlántico por mar al menos seis veces. Se movía entre París y Nueva York, pero no se quedaba mucho tiempo en ninguno de los dos lugares. Visitó Suiza y Estocolmo e Israel, San Francisco y Chicago y Fire Island. Trabajó en el retiro para artistas de MacDowell. Vivió en la cabaña de invitados de la casa de William Styron en Connecticut. Vivió en una villa en Córcega.

En 1961, en la introducción de *Nadie sabe mi nombre*, escribió: «Estos ensayos fueron escritos a lo largo de seis años, en diversos lugares, en diversos estados de ánimo». Es fascinante trazar las raíces de *Otro país* no solo en la vida personal de Baldwin y en la vida de sus amigos, sino también en su propio pensamiento y en su escritura respecto a la vida interior de Norteamérica, respecto al alma manchada de sus compatriotas, en los años previos a que terminara el libro.

Había una inmensa generosidad en la naturaleza del autor y sentía un gran amor por la compañía. En esos años daba entrevistas y asistía a fiestas; tenía idilios y hacía muchos amigos; mantenía un contacto cercano con la familia. También trabajaba duro. Viajó a reportear al sur de Norteamérica. Hizo discursos. Escribió obras y guiones, ensayos y artículos y cuentos. Finalmente, viajó a Estambul. Y todo ese tiempo llevó consigo la historia de *Otro país* en su cabeza, además de las versiones y los borradores del libro en su equipaje. Todo ese tiempo buscó paz y tranquilidad y tiempo para terminarlo.

En el primer ensayo que escribió, James Baldwin trató de hacer un listado de sus influencias e incluyó «ese algo, irónico y violento y perpetuamente discreto, que tiene el habla negra». En las primeras páginas de *Otro país*, mientras observamos cómo Rufus y Leona se seducen el uno a la otra, el oído de

Baldwin por ese tipo de habla le ofrece tremendas posibilidades de expresión y drama. Rufus es suave y sensual y discreto, su manera de hablar está cargada de una ironía brusca y de una confianza callejera en sí mismo. Pero en el fondo hay violencia y perdición en todo momento. Las primeras páginas nos hacen saber qué tan cerca del fin está Rufus e, incluso en los pasajes en los que Rufus está lleno de vida, siempre hay fragmentos de recuerdos fatídicos o imágenes de perdición y oscuridad. La autoinvención de Rufus, su placer por la noche y las fiestas y la compañía y el sexo son escuálidos en su totalidad y no durarán. Es un héroe trágico, atrapado entre el tiempo en que los hombres como él no tenían posibilidades de libertad y el tiempo por venir. La ciudad ha abierto sus puertas ante él, no lo suficiente como para que se sienta libre, pero sí lo suficiente como para que sienta el peligro y la amenaza. Esto ofrece un filo y una intensidad asombrosos por el placer que recibe de su propia habla, de la música y de la noche, como alguien que ha sido liberado por muy poco tiempo de un encierro solitario.

El ingenio de Baldwin está en haber pensado tan cuidadosa y profundamente qué hacer con tal figura en la ficción, en haber resistido la tentación de convertir a Rufus, quien es tan adorable y tan inocente y está tan lleno de ira, en un mártir público. Baldwin leía a Henry James más que a Richard Wright. Quería que el peligro viniera desde el interior. Sabía, en todo caso, que para Rufus y para las personas como él aquel era el lugar desde donde acechaba el peligro. En una reflexión respecto al trabajo de Richard Wright, Baldwin escribió acerca de la raíz de la violencia en su ficción. «La raíz es la ira», afirmaba Baldwin. En otro ensayo sobre Wright, escribió:

Y no hay, diría yo, un solo negro que viva en Norteamérica que no haya sentido, brevemente o por largos periodos, con una angustia penetrante o aburrida, en diversos grados o variados efectos, un odio simple, desnudo e irrefutable;

que no haya querido reventar una cabeza blanca que pueda haberse encontrado un día, o violar, debido a la más cruel de las venganzas, a su mujer, o quebrar los cuerpos de todos los blancos y dejarlos tirados, tan tirados como el polvo donde el mismo negro ha sido y seguirá siendo pisoteado; no hay ni un negro, en definitiva, que no haya tenido que hacer su propio ajuste precario con el negro que lo rodea y con el negro que él mismo es.

Rufus ha sentido este odio, ha sido rozado por sus alas, pero esto no es suficiente para un novelista. En 1960, en *Notas para una novela hipotética*, Baldwin comenzó a meditar respecto a la poca diferencia esencial que había entre razas en Estados Unidos, y esta idea —que los demás personajes en *Otro país*, los blancos, también sufren y están confundidos, y que en su sufrimiento y confusión se refleja el sufrimiento y la confusión de Rufus— lo ayudó a escribir esta novela original y compleja. En todo caso, al comienzo, escribió Baldwin:

Creía que el mundo blanco era muy distinto del mundo del que yo iba saliendo y resultó que estaba completamente equivocado. Parecía diferente. Parecía más seguro, al menos los blancos parecían más seguros. Parecía más limpio, parecía más cordial y, por supuesto, parecía mucho más rico desde el punto de vista material. Pero no conocí a nadie en ese mundo que no sufriera de la misma aflicción que sufrían todas las personas de las que yo había huido, y eso se debía a que ellos no sabían quiénes eran. Querían ser algo que no eran.

Baldwin empezó a trabajar con los personajes de Ida y Vivaldo (Vivaldo en los primeros borradores era negro), «pero no podía encontrar una manera de hacerle comprender a Ida», dijo a *Paris*

Review. «Entonces vino Rufus y toda la acción tuvo sentido». Baldwin había pensado mucho respecto a cómo otros novelistas presentarían el destino de Rufus y sabía que no tenía que seguirlos; sabía que tenía que hacer a Rufus tan malo como brillante, situar en su núcleo una violencia y un encanto autodestructivos. Hizo de Rufus una versión de sí mismo, pero también hizo de Rufus una versión de su amigo Eugene Worth, a quien conoció en 1943 (cuando Baldwin tenía diecinueve años) y quien se suicidó saltando del puente George Washington en diciembre de 1946. Dos años después, Baldwin se mudó a París. «No sabía qué iba a pasar conmigo en Francia —dijo a *Paris Review*— pero sabía lo que iba a pasar conmigo en Nueva York. Si me hubiera quedado allí, me hubiera hundido, como mi amigo en el puente George Washington». Rufus se transforma en una manera de traer brevemente a su amigo de vuelta a la vida y al mismo tiempo de dramatizar e imaginar el camino que Baldwin mismo podría haber tomado. Usó la ciudad que conocía, en especial durante su tardía adolescencia, los años posteriores a la muerte de su padre, cuando saltaba de trabajo en trabajo y cambiaba de empleos estando al límite de la pobreza y la desesperación. Usó pequeñas anécdotas, tales como la del oficial blanco de la Marina que le rompió los dientes a su hermano, o cómo él y algunos amigos fueron golpeados en un bar. También usó cosas que no tenían nada que ver con su propio pasado o sus propias experiencias, sino más bien con ciertos tonos y atmósferas que fue absorbiendo; *Otro país* está lleno de la oscuridad y sentido de melancolía de la ficción francesa y de la filosofía de ese entonces, y también está lleno del pesimismo y la claustrofobia de las películas de Ingmar Bergman. Baldwin admiraba a Bergman, fue a Estocolmo a entrevistarle y se hicieron amigos.

Otro país es el libro donde el temperamento quijotesco de Baldwin se encuentra con su inteligencia feroz. Es también el libro donde sus dos más notables personalidades se encuentran

entre sí. Parece haber años luz de distancia entre el mundo de *Ve y dilo en la montaña*, que es, en la superficie, estable y conservador y religioso, y el mundo de *La habitación de Giovanni*, que es bohemio y errante y corrupto. De la misma manera que pareciera haber años luz de distancia entre la infancia de Baldwin en Harlem y la vida de Baldwin en París. Pero sus dos primeras novelas comparten una preocupación por la carne, están llenas de cuestionamientos morales y de posibilidades dramáticas alrededor de la carnalidad y la sensualidad. En su tercera novela, hace que ambos mundos se conozcan, lleva a Ida y a Rufus de Harlem a un mundo de bohemios, de escritores; mezcla y hace coincidir los dos mundos que él mismo experimentó y comprendió. Todos sus personajes sufren por el anhelo de un amor más puro, o incluso por el comienzo de un amor; todos sus personajes, también, son desesperadamente débiles y poseen la capacidad de destruir.

Baldwin permite que, en estas tres novelas, un par de ideas poderosas jueguen en contra. Una puede ser trazada en sus ensayos: sugiere que Norteamérica como sociedad está seriamente desfigurada porque no puede aceptar a una gran minoría de su población, y por ello no puede aceptarse a sí misma. Por el trato que le ha dado a la población negra, ha logrado desarmarse. Por este motivo, cualquier grupo de personas en toda novela norteamericana debiera reflejar esto. Hay otra idea de Baldwin que lo redime de ser en sus novelas solamente un crítico de Norteamérica; sugiere que la vida es oscura en sí misma, que las relaciones están cargadas de tensión y son quebradizas y que las personalidades son destructivas, debido a la manera en la que estamos hechos. Por lo tanto, las novelas de Baldwin combinan una crítica de la vida que es, en esencia, política, con otra filosófica. Y, debido a que está interesado en sus personajes atrapados por la vida, en vez de en la vida misma como una

abstracción o una mera idea, sus novelas examinan un poder oscuro, dramático y fascinante.

Nada de esto explica la estructura de *Otro país*. Rufus es el Hamlet de Baldwin y la novela permite que él desaparezca después de menos de ochenta páginas. Es remplazado por Ida, su hermana. «La principal acción en el libro, para mí», dijo Baldwin a *Paris Review*,

es el viaje de Ida y Vivaldo hacia algún tipo de coherencia... El lector nunca va hacia la mente de ella, pero yo tenía que mostrarle lo que sucedía con esta chica al hacerle sentir el golpe de la muerte de su hermano —la llave de su relación con todo el mundo—. Ella intenta que todos paguen por ello. Pero uno no puede hacer eso; la vida no es así, solo terminas destruyéndote a ti mismo.

La escena en que Ida aparece por primera vez en la novela, filtrada a través de la mirada indagadora y amable de Cass, es el estado más jamesiano de Baldwin, ofreciendo en cada momento un nuevo ángulo y una nueva pista acerca de los matices del personaje. Baldwin también puede remplazar a Rufus con otra versión de sí mismo, su Laertes de vuelta del extranjero, en forma de Eric. Y puede dramatizar momentos de su propia vida con el suizo Lucien Happersberger, a quien conoció en París y que luego viajó a Nueva York, así como también describir la vida de los escritores y aspirantes a escritor en Greenwich Village.

El trabajo de Baldwin, no obstante, siempre fue más allá de la mera autobiografía o del retrato de cierta época y lugar. Se convirtió, no solo a través de su educación y de sus lecturas y su experiencia, sino también a través de su elocuencia, en la conciencia moral de su raza, inquieta y melancólica. Sus años en París le enseñaron que era un norteamericano antes que cualquier otra cosa. Y debido al color de su piel y a su homosexualidad,

creció fascinado no solo por el drama de los negros contra los blancos de su país, sino también por el drama de la masculinidad. Así, mientras la primera parte de *Otro país* lidia con el erotismo de la raza y sus insatisfacciones, la novela, después de la muerte de Rufus, permite a Baldwin lidiar con los confines oscuros y los conflictos de género bajo los cuales todos sus personajes se encuentran tan perturbados.

En 1985, dos años antes de su muerte, Baldwin publicó un ensayo en *Playboy* llamado «Fenómenos y la idea norteamericana de la masculinidad», donde escribió:

El ideal norteamericano, entonces, de la sexualidad parece estar enraizado en el ideal norteamericano de la masculinidad. Esta apelación ha creado a los vaqueros y a los indios, tipos buenos y tipos malos, vagos y sementales, tipos duros y suaves, marimachos y maricones, negros y blancos. Es un ideal tan paralíticamente infantil que está prácticamente prohibido —como un acto antipatriótico— que el muchacho norteamericano evolucione hacia las complejidades de la masculinidad.

Veinticinco años antes, había aludido al «cuerpo de los mitos sexuales (...) alrededor de la figura del negro norteamericano», que es «castigado por la imaginación culposa del blanco, que lo envistió con sus odios y sus anhelos, es el principal objetivo de su paranoia sexual». En su cuento «Esta mañana, esta tarde, tan pronto», publicado en 1960 y escrito durante el tiempo en que trabajaba en *Otro país*, escribió: «Quieren que sientas que no eres un hombre, quizás esa es la única manera en que pueden sentirse como hombres».

La versión del sueño americano de Baldwin cuelga de forma tan oscura sobre el resto de los personajes como sobre Rufus y Leona. La masculinidad es la pesadilla de la que sus personajes

no pueden despertar. La ciudad es una prisión de deseos que no pueden ser satisfechos. La descripción del bar de Benno en *Otro país* es Baldwin en su estado más elocuente:

El bar estaba terriblemente abarrotado. Había publicistas tomando whisky doble o vodka con hielo; había universitarios con los dedos húmedos y resbalosos en las botellas de cerveza; y hombres solitarios se quedaban cerca de las puertas o en las esquinas, observando a las mujeres que vagaban por el bar. Los universitarios, radiantes de ignorancia y locos de castidad, hacían esfuerzos terribles por atraer la atención femenina, pero solo lograban atraerse unos a otros. Algunos hombres invitaban a copas a algunas mujeres —quienes paseaban incesantemente de la pista a la barra—, y se miraban, con sonrisas que oscilaban, con misteriosa precisión, entre el anhelo y el desprecio. Había parejas de negros y blancos juntos —más juntos en ese momento de lo que estarían después, cuando llegaran a casa—. Todas estas historias se camuflaban en la jerga que, ola tras ola, rodaba por el bar; quedaban atrapadas en un silencio parecido al silencio de los glaciares. Solo la gramola hablaba, repitiéndose todas las noches, durante toda la noche, en lamentos de amor sincopados y sintéticos.

«Richard y Cass —dijo Baldwin a *Paris Review*— eran parte de la decoración. Desde mi punto de vista, no había absolutamente nada idealizado respecto a Richard. Fue modelado en base a muchos norteamericanos liberales que hacían carrera entonces y actualmente». Vivaldo, más que ningún otro personaje, está atrapado en el mundo del bar de Benno, menguando entre el anhelo y el desprecio, congelado en una masculinidad glacial. La segunda parte de la novela dramatiza sus esfuerzos por escapar de esto. El momento clave de su redención, lenta

y complicada, ocurre en la escena en la que ha estado observando a una rubia en el bar. «Y algo se quebraba en su interior; se encontraba, breve y horriblemente, en una región donde no había definiciones de ningún tipo, ni de color, ni de masculino ni de femenino. Solamente estaba el salto y el desgarró y el terror y la rendición». Una escena similar ocurre en el cuento de Baldwin «Esta mañana, esta tarde, tan pronto», en el que nuestro héroe está casado con una mujer sueca.

Si Harriet hubiera nacido en Estados Unidos, le hubiera llevado mucho tiempo, quizás una eternidad, poder verme como un hombre igual al resto de los hombres; si la hubiera conocido en Estados Unidos, nunca hubiera sido capaz de verla como una mujer igual al resto de las mujeres. Los hábitos de poder y la ira pública también habrían sido nuestras compulsiones privadas y nos habrían cegado. Nunca habríamos sido capaces de querernos mutuamente.

En *Otro país*, Baldwin creó el drama norteamericano fundamental del siglo, en el que los personajes buscan desesperadamente escapar de la parodia de sí mismos, construida para ellos, de ir hacia «una región donde no hay definiciones de ningún tipo», o de fallar en el intento y encaminarse hacia la autodestrucción. La genialidad peculiar y profundamente refinada de Baldwin consistió en aprovechar al máximo este drama en sus novelas.

Colm Tóibín

Para Mary S. Painter

«Lo golpean a uno, sobre todo, como sin dar cuenta de sí mismos en cualquiera de los términos ya consagrados por el uso humano; de este estado inarticulado acaso forman, colectivamente, el más incomparable de los monumentos; abismal el misterio de lo que piensan, de lo que sienten, de lo que quieren, de lo que suponen ellos mismos que están diciendo».

Henry James

LIBRO UNO

JINETE SUAVE

«Le dije, los jinetes suaves
tienen que mantenerse alejados,
para que él pueda arreglarlo,
pero la caminata no queda lejos».

W. C. Handy

Estaba frente a la Séptima Avenida, en Times Square. Era pasada medianoche y había estado en el cine, sentado en la fila superior del balcón, desde las dos de la tarde. Dos veces lo había despertado el violento acento de la película italiana, una vez el acomodador y otras dos veces unos dedos de oruga entre los muslos. Estaba tan cansado, había caído tan bajo, que apenas tenía energía para enojarse; ya nada le pertenecía —*te llevaste lo mejor, así que ¿por qué no llevarte el resto?*—. Pero había soltado un gruñido en el sueño y al hacerlo, había dejado entrever los dientes blancos en su cara oscura y luego había cruzado las piernas. En ese momento el balcón estaba casi vacío, la película italiana se acercaba al clímax; tropezó por las escaleras interminables hacia la calle. Tenía hambre, su boca se sentía asquerosa. Se dio cuenta demasiado tarde, mientras pasaba por las puertas, de que quería mear. Y estaba sin un duro. Y no tenía adónde ir.

Un policía lo adelantó, echándole una mirada. Rufus se dio la vuelta, se subió el cuello de la chaqueta de cuero mientras el viento lo mordisqueaba deliciosamente a través de sus pantalones de verano y enfiló al norte por la Séptima Avenida. Había pensado en ir al centro y despertar a Vivaldo —el único amigo que le quedaba en la ciudad, o quizás en el mundo—, pero ahora había decidido caminar bastante lejos, hasta cierto

bar de jazz y club nocturno, y echar un vistazo. Quizás alguien lo vería y lo reconocería, quizás uno de los muchachos le daría algunas monedas para una comida o al menos para el billete del metro. Al mismo tiempo, esperaba no ser reconocido.

La avenida estaba silenciosa y la mayoría de sus luces, habitualmente encendidas, apagadas. Por aquí y por allá pasaba una mujer, por aquí y por allá, un hombre; rara vez, una pareja. En las esquinas, bajo las luces, cerca de los locales, grupos de blancos, brillantes y dicharacheros, mostraban los dientes, se manoseaban, silbaban llamando taxis, subían como remolinos y desaparecían por las puertas de los locales o hacia la negrura de las calles laterales. Los quioscos, que parecían cajitas negras sobre un tablero, ocupaban las esquinas de las aceras, y los policías y los taxistas y otros más, difíciles de clasificar, se paraban delante y golpeaban el suelo e intercambiaban palabras similares, ya que todos conocían al vendedor taciturno de su interior. Un cartel anunciaba el chicle que a uno lo ayudaría a relajarse y sonreír. El enorme neón con el nombre de un hotel desafiaba al firmamento sin estrellas. También lo hacían los nombres de las estrellas de cine y las personas que aparecían o iban a aparecer en Broadway, junto a los nombres de un kilómetro de altura de los vehículos que los llevarían a la inmortalidad. Los grandes edificios, sin luz, despuntados como falos o afilados como lanzas, vigilaban la ciudad que nunca dormía.

Bajo ellos caminaba Rufus, uno de los caídos —porque el peso de esta ciudad era asesino—, uno de los que habían sido aplastados durante el día, cosa de todos los días, estas torres cayendo encima. Completamente solo, y muriendo por ello, Rufus era parte de una multitud sin precedentes. En los mostradores de los locales había muchachos y muchachas tomando café, que se apartaban de su condición mediante barreras tan percederas como sus cigarros menguantes. Si a duras penas podían soportar sus propios conocimientos, mucho menos podían

soportar la imagen de Rufus, pero sabían por qué él estaba en las calles esta noche, por qué andaba en metro toda la noche, por qué su estómago gruñía, por qué tenía el pelo encrespado, las axilas olorosas, los pantalones y zapatos gastadísimos, y por qué no se atrevía a parar y echar una meada.

Ahora se encontraba ante las brumosas puertas del local de jazz, echando un vistazo, percibiendo más que mirando a los negros frenéticos en el escenario y a la multitud inconsciente y mezclada. La música estaba fuerte y vacía, nadie hacía absolutamente nada y los sonidos eran arrojados a la multitud como una maldición en la que no creían ni siquiera aquellos que odiaban más profundamente. Ellos sabían que nadie oía, esa gente sin sangre no estaba hecha para sangrar. Así que les soplaban lo que todo el mundo ya había oído antes, asegurándoles que nada terrible estaba pasando, y las personas en las mesas encontraban placentero tener que gritar por encima de esa impresionante confirmación, y las personas en el bar, al abrigo de un ruido del que apenas podían prescindir, seguían buscando aquello que fuera que estuvieran buscando. Rufus quería entrar y usar el baño, pero tenía vergüenza por la pinta que llevaba. Había estado escondiéndose, realmente, por casi un mes. Y ahora se veía, en el ojo de su mente, arrastrándose a través de esa multitud al baño y gateando de vuelta mientras todos lo observaban con ojos lastimeros o desdeñosos o burlones. O alguien susurraría con certeza, ¿no es ese Rufus Scott? Alguien lo miraría con horror, después volvería a sus asuntos con un interminable y lastimero: ¡Hombre! No podía hacerlo —y bailaba sobre un pie y luego sobre el otro y las lágrimas se asomaban en sus ojos.

Una pareja de blancos, riendo, salió por la puerta, apenas mirándolo mientras pasaba. La calidez, el olor de las personas, el whisky, la cerveza y el humo que lo golpearon al abrirse las puertas casi lo hicieron llorar de verdad y provocaron que su estómago vacío volviera a gruñir.

Recordó días y noches, días y noches, cuando estaba adentro, en el escenario o en la muchedumbre, penetrante, querido, y se acostaba con cualquier mujer que quisiera, iba a fiestas y fumaba y se emborrachaba y bromeaba con los músicos, que eran sus amigos, que lo respetaban. Después, volvía a casa, a su propia habitación, cerraba la puerta con llave y se sacaba los zapatos, quizás se servía una copa, quizás oía algunos discos, se estiraba en la cama, quizás llamaba a alguna chica. Y se cambiaba los calzoncillos y los calcetines y la camisa, se afeitaba y tomaba una ducha, iba a la peluquería en Harlem, luego visitaba a su madre y a su padre y molestaba a su hermana, Ida, y comía costillas o chuletas de cerdo o pollo o acelgas o pan de maíz o patatas o bizcochos. Por un momento creyó que se desmayaría de hambre y se acercó a una pared del edificio y se apoyó allí. El sudor le helaba la frente. Pensaba: *Rufus, esto tiene que parar. Esta mierda tiene que parar*. Después, entre el cansancio y la imprudencia, viendo que no había nadie en las calles y con la esperanza de que nadie saliera por las puertas, se apoyó con una mano en el muro y salpicó el meado contra la acera distante, observando cómo el vapor, sutil, se iba elevando.

Se acordó de Leona. O se sentía lleno de una náusea súbita, fría y familiar, y se dio cuenta de que estaba acordándose de Leona. Y empezó a caminar, muy lentamente, alejándose de la música, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

Ya no sentía el frío.

Porque recordar a Leona también era —de alguna manera— recordar los ojos de su madre, la ira de su padre, el atractivo de su hermana. Era recordar las calles de Harlem, los muchachos en las escalinatas, las muchachas detrás de las escaleras y en las azoteas, los policías blancos que le habían enseñado cómo odiar, los juegos a la pelota en las calles, las mujeres que se asomaban en las ventanas y los números de lotería que jugaban diariamente, esperando el éxito que su padre nunca lograría. Era recordar

el fonógrafo, las bromas, los bailes, las erecciones, las peleas de pandillas y las orgías, su primera batería —comprada por su padre—, su primera calada de marihuana, su primer pinchazo de heroína. Sí, y los chicos del barrio, muy a lo lejos, hechos mierda en las escaleras, el chico muerto por una sobredosis sobre una azotea nevada. Era recordar el ritmo: *Un negro*, dijo su padre, *vive su vida entera, vive y muere de acuerdo al ritmo. Mierda, folla con ese ritmo y el bebé que arroja allí dentro, bueno, salta al ritmo y sale nueve meses después como un maldito pandero*. El ritmo: manos, pies, panderos, baterías, pianos, risas, insultos, hojas de afeitar; el hombre poniéndose duro con una risa y un gruñido y un ronroneo y la mujer humedeciéndose y ablandándose con un susurro y un suspiro y un llanto. El ritmo, en Harlem, en verano, uno casi podía verlo, sacudiéndose en el pavimento y las azoteas.

Y él había huido, o eso creía entonces, del ritmo de Harlem, que era, simplemente, el ritmo de su propio corazón. Hacia un campamento militar en el Sur y hacia el mar latente.

Cuando todavía estaba en la Marina, había traído de vuelta de uno de sus viajes un chal indio para Ida. Lo había sacado de algún lugar de Inglaterra. El día en que se lo dio y ella se lo probó, se sacudió en su interior algo que nunca había sido tocado hasta entonces. Nunca antes había visto la belleza de la gente negra. Pero, contemplando a Ida ante la ventana de la cocina de Harlem, viendo que no era más su hermana menor sino una muchacha que pronto sería una mujer, llegó a asociarla con los colores del chal, con los colores del sol y con un esplendor incalculablemente mayor que la piedra gris de la isla en que habían nacido. Y llegó a pensar que quizás este esplendor volvería al mundo algún día, al mundo que ellos conocían. Hacía siglos y siglos, Ida no había sido solamente una descendiente de esclavos. Observando su cara oscura en la luz del sol, suavizada y sombreada por el glorioso chal, podía ver

que en otro tiempo había sido una reina. Después miró fuera de la ventana, al conducto de ventilación, y pensó en las putas de la Séptima Avenida. Pensó en los policías blancos y en el dinero que ganaban con la carne negra, el dinero que ganaba el mundo entero.

Volvió a mirar a su hermana, quien le sonreía. En su dedo, largo y delgado, ella torcía el anillo de serpiente con ojos de rubí que le había traído de otro viaje.

—Sigue así —dijo ella— y me convertirás en la chica mejor vestida del barrio.

Se sentía aliviado de que Ida no lo pudiera ver ahora. Hubiera dicho: *Por Dios, Rufus, no tienes derecho de ir así. ¿Acaso no sabes que contamos contigo?*

Hacía siete meses, toda una vida, había tocado en uno de los locales nuevos de Harlem, que pertenecía y era administrado por un negro. Era su última noche. Había sido una buena noche, todos se sentían bien. La mayoría de ellos, después del concierto, iba a ir a casa de un famoso cantante negro que justo había estrenado su primera película. Debido a que el local era nuevo, estaba lleno. Últimamente, había oído, no le estaba yendo muy bien. Esa noche había toda clase de persona allí, blancos y negros, fumados y afligidos, gente que venía por la música y gente que pasaba su vida en locales por otro tipo de razones. Había parejas con abrigos de visón y algunos con abrigos de cuasi-visón y otros que llevaban un montón de Dios-sabe-qué-clase de brillantes en sus muñecas y en sus orejas y en sus cuellos y en el aire. La gente de color lo pasaba bien porque sentían que, por alguna razón, esa multitud se encontraba firmemente junto a ellos; y la gente blanca lo pasaba bien porque nadie la molestaba por ser blanca. El local, como Fats Waller hubiera dicho, estaba saltando.

Había marihuana en el lugar y Rufus estaba un poco fumado. Se sentía genial. Y, durante el último pase, llegó a sentirse doblemente vivo porque el saxofonista, que había estado grandioso toda la noche, interpretó un solo brillante. Era un muchacho de casi la misma edad que Rufus, de un lugar un poco loco como la ciudad de Jersey o Syracuse, que en algún punto del camino había descubierto que podía expresarse mejor con un saxofón. Tenía mucho que decir. Se plantaba allí, con las piernas abiertas, frotando el aire, llenando el barril de su pecho, temblando en los trapos de sus veintitantos años y gritando a través de su instrumento, *¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres?* Y otra vez, *¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres?* Esa era, de todos modos, la pregunta que Rufus oía, la misma frase insoportable, interminable, repetida varias veces con toda la fuerza que tenía el muchacho. El silencio llegaba a ser estricto, la atención, abrupta y concentrada, los cigarros estaban apagados y las copas encima de las mesas; y en todas las caras, incluso en las más arruinadas y aburridas, se encendía una luz curiosa y cautelosa. Los atacaba un saxofonista que, quizás, ya no deseaba su amor, y simplemente les lanzaba su indignación con el mismo orgullo desdeñoso y pagano con que frotaba el aire. Y, sin embargo, la pregunta era terrible y real; el muchacho la soplaba desde sus pulmones y sus entrañas, desde su propio pasado breve; desde alguna parte en ese pasado, en las aceras, en las peleas de pandillas, en las orgías de pandillas; en la habitación acre, en la sábana tiesa por el semen, detrás de un porro de marihuana o detrás de la aguja, bajo el olor a meado en el subterráneo del recinto, donde había recibido la mamada de la que nunca se recuperaría y que nadie querría creer. *¿Me quieres? ¿Me quieres? ¿Me quieres?* Los hombres se quedaron tocando con él en el escenario, calmados y a cierta distancia, sumando y cuestionando y corroborando, manteniéndose por debajo lo mejor posible mediante una burla irónica de sí mismos; pero cada hombre sabía que el muchacho

soplaba por cada uno de ellos. Cuando el pase terminó, todos sudaban. Rufus olía su hedor y el hedor de los hombres alrededor de él y «Bueno, eso fue todo», dijo el bajista. La multitud pedía más a gritos, pero ellos tocaron su tema principal y luego las luces se encendieron. Y Rufus había tocado el último pase de su último concierto.

Iba a dejar sus cosas allí hasta el lunes por la tarde. Cuando bajó del escenario, se encontró con una rubia de pie, vestida sencillamente, que lo miraba.

—¿Qué tienes en mente, nena? —le preguntó. Todos estaban ocupados a su alrededor, preparándose para ir a la fiesta. Era primavera y el aire estaba cargado.

—¿Qué tienes en mente tú? —le respondió ella. Estaba claro que no sabía qué otra cosa decir.

Había dicho suficiente. Era del Sur. Y algo en Rufus saltó mientras observaba su cara húmeda, sin colores, la cara de los blancos pobres del Sur, y su pelo liso y pálido. Era bastante mayor que él, probablemente sobre los treinta, y su cuerpo era muy delgado. Por eso mismo, abruptamente se convirtió en el cuerpo más excitante que él hubiera visto en mucho tiempo.

—Cariño —dijo, echándole una sonrisa torcida—, ¿no estás demasiado lejos de tu hogar?

—Sí que lo estoy —dijo ella—, pero nunca voy a volver.

Rufus rio y ella también.

—Bueno, señorita Anne —dijo él—, si los dos tenemos la misma cosa en mente, vamos a la fiesta.

Y tomó su brazo, permitiendo deliberadamente que el dorso de su mano tocara uno de sus pechos, y le dijo:

—¿Tu nombre no es realmente Anne, cierto?

—No —dijo ella—, es Leona.

—¿Leona? —y volvió a sonreír. Su sonrisa podía ser muy efectiva—. Es un bonito nombre.

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Yo? Me llamo Rufus Scott.

Se preguntaba qué hacía ella en este local, en Harlem. No parecía en absoluto el tipo de persona que se interesaba por el jazz y mucho menos parecía tener el hábito de salir sola a bares extraños. Llevaba un abrigo liviano de primavera, tenía el pelo largo, peinado hacia atrás y recogido con broches, y usaba muy poco pintalabios y ningún otro maquillaje.

—Vamos —dijo él—. Nos colaremos en un taxi.

—¿Estás seguro de que está bien si yo voy?

Se lamió los dientes.

—Si no estuviera bien, no te lo habría dicho. Si yo digo que está bien, está bien.

—Bueno —dijo ella con una breve risa—, entonces, está bien.

Se movieron con la multitud que, con muchas interrupciones, conversaciones y carcajadas y mucha confusión erótica, se derramaba hacia las calles. Eran las tres de la mañana y varias personas vestidas de gala brillaban a su alrededor y silbaban y se subían a los taxis. Otros, bastante menos formales —estaban en el lado poniente de la calle Ciento veinticinco—, se agrupaban a lo largo de la calle y se desviaban o se pavoneaban o perdían el tiempo, con miradas de reojo o con caras largas, que eran más calculadoras que curiosas. La policía se paseaba; y cuidadosa, aunque, más bien, misteriosamente, comunicaba su pensamiento de que estos negros en particular, aun cuando salían hasta tan tarde y estaban en su mayoría borrachos, no debían ser tratados de la manera habitual; tampoco los blancos que iban con ellos. Pero Rufus repentinamente se dio cuenta de que Leona pronto sería la única blanca que quedaría. Eso lo incomodaba y su incomodidad lo enojaba. Leona encontró un taxi desocupado y lo llamó.

El taxista, que era blanco, no pareció vacilar al detenerse; tampoco, una vez detenido, pareció arrepentirse.

—¿Vas a trabajar mañana? —le preguntó a Leona. Ahora que estaban solos, se sentía un poco tímido.

—No —le dijo—, mañana es domingo.

—Así es.

Rufus se sentía libre y contento. Había planeado visitar a su familia, pero pensaba lo grandioso que sería pasar el día en la cama con Leona. Le echó un vistazo, notando que, aunque era pequeña, parecía muy bien formada. Se preguntaba qué estaría pensando. Le ofreció un cigarro, poniendo su mano en la de ella, brevemente, pero ella lo rechazó.

—¿No fumas?

—A veces. Cuando bebo.

—¿Eso ocurre con frecuencia?

Leona se rio.

—No. No me gusta beber sola.

—Bueno —dijo él—, no beberás sola por un buen tiempo.

Ella no dijo nada, pero pareció, en la oscuridad, ponerse tensa y sonrojarse. Miraba hacia fuera por la ventana de su lado.

—Me alegra no tener que preocuparme de tener que llevarte a casa temprano esta noche.

—No tienes que preocuparte por eso, de ninguna manera. Soy una chica adulta.

—Cariño —le dijo—, no eres más grande que un minuto.

Ella suspiró.

—A veces un minuto puede ser algo muy poderoso.

Decidió no preguntarle qué quería decir con eso. Le echó una mirada significativa y dijo:

—Es verdad.

Pero parecía que ella no se daba cuenta de lo que él había tratado de decir.

Estaban en Riverside Drive y cerca de su destino. A su izquierda, luces pálidas, desagradables, destacaban la oscuridad de la costa de Jersey. Se echó hacia atrás, apoyándose un poco en Leona, observando la oscuridad y las luces pasar. Luego el taxi giró; vio brevemente el puente distante que brillaba como

algo escrito en el cielo. El taxi disminuyó la velocidad, buscando el número de la casa. Un taxi más adelante había dejado recién a un grupo de personas y empezaba a desaparecer del bloque.

—Aquí es —dijo Rufus.

—Parece una gran fiesta —dijo el taxista y guiñó un ojo.

Rufus no dijo nada. Le pagó al hombre y salieron y caminaron hacia el hall, que era largo y horrible, con espejos y sillas. El ascensor justo había subido; podían oír a la multitud.

—¿Qué hacías sola en ese club, Leona? —le preguntó.

Ella lo miró, un poco sobresaltada. Dijo:

—No lo sé. Solo quería conocer Harlem, así que fui allí esta noche a echar un vistazo. Y justo iba pasando por ese club y oí la música y entré y me quedé. Me gustó la música —le echó una mirada burlona—. ¿Todo bien con eso?

Él rio y no dijo nada.

Leona le dio la espalda cuando ambos oyeron el ruido de las puertas reverberando por la caja del ascensor. Después oyeron el zumbido de los cables mientras el ascensor empezaba a descender. Leona observaba las puertas cerradas como si su vida dependiera de ellas.

—¿Es tu primera vez en Nueva York?

Sí, lo era, le contestó, pero había estado soñando con ello toda su vida —mirándolo de reojo otra vez, con una pequeña sonrisa—. Había algo vacilante en su forma que le parecía muy conmovedor. Era como un animal salvaje que no sabía si acercarse a la mano extendida o huir y seguir dando saltitos, en una dirección primero y luego en la otra.

—Yo nací aquí —le dijo, observándola.

—Lo sé —dijo ella—, así que no puede parecerle tan maravilloso como me parece a mí.

Rio otra vez. Recordó, de pronto, sus días en el campamento militar, en el Sur, y volvió a sentir la bota del oficial blanco contra su boca. Rufus estaba con su uniforme blanco, tendido